

SAN BERNARDO: *DE LAUDE NOVAE MILITIAE AD MILITES TEMPLI.*

Carlos Pereira Martínez

Introducción¹

Hugo de Payns, el primer Maestro de la Orden del Temple, le había solicitado a San Bernardo que escribiera a los templarios unas letras, con la idea de confortarlos ante la difícil situación en la que vivían, no conscientes aún de la “legalidad espiritual” de su Orden. El fundador del Cister se hizo de rogar hasta tres veces, pero la espera daría, como veremos, sus frutos.

No es de extrañar la tardanza de Bernardo. Si bien el monje la atribuye a que no deseaba que lo tildaran de precipitado, es fácil suponer que no tenía muy clara la viabilidad, dentro de la realidad teológica del momento, de esa nueva vía, monástica pero militar, para alcanzar la “Jerusalén celeste”. Hasta ese momento, el ideal monástico era el único camino, estando terminantemente prohibido a los monjes derramar sangre, ni siquiera la de los enemigos de la Cristiandad. Bernardo –en palabras de Cósimo Damiani Fonseca– al contrario que los círculos gregorianos, no considera el uso de las armas lo más adecuado para la expansión de la Iglesia². Quizás, –aquí coincidimos con Demurger– debió de ser la calidad de la fe de aquellos caballeros la que lo llevó a la

¹ De esta obra bernardiana hay varias versiones en castellano: Cósimo Damiani Fonseca: Introducción y edición de “De laude novae militiae ad milites Templi”, en San Bernardo: *Tractati*, Milán, 1984; Bernardo de Claraval: *Elogio de la nueva milicia templaria*, edición de Javier Martín Lalanda, Madrid, 1994, y la que hizo el padre Gregorio Díez Ramos, O.S.B., editada en el vol. II de las *Obras completas de San Bernardo* por la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1955, pp. 853-881; Carlos Pereira Martínez, Carlos: *Los templarios. Artículos y Ensayos*, Editorial Toxosoutos, Noia, 2002 –del que se entresaca este artículo- (y que también publicó, en el año 2000, una versión en gallego de la misma, en el libro *Os templarios. Artigos e ensaios*, Editorial Toxosoutos, Noia. Publican también fragmentos de “De laude...”, en castellano, Cruz Martínez Esteruelas: *Los caballeros del templo de Salomón*, Barcelona, 1994, pp. 54-68; Luis Alberto de Cuenca: *Floresta española de varia caballería*, Madrid, 1975, pp. 129-131; fray Javier Campos, OSA (coord.): *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las Órdenes Militares*, Madrid, 1999, apéndice I, pp. 465-169;

² Fonseca, Introducción cit. p. 430, nota 2. Esta fusión del monacato y la milicia, y la influencia que la obra de San Bernardo ejerció en las otras OOMM, ha sido destacada por los investigadores: fray Rafael de la Brena y Sanchiz y otros: “Lux hispaniarum: pasado, presente y futuro de las Órdenes Militares”, pp. 35-68, en fray Javier Campos, op. cit., p. 89, calificándola de “carta espiritual” de los templarios; Bonifacio Palacios Martín y otros: “La vida cotidiana de las Órdenes Militares españolas hasta principios del siglo XVI”, pp. 343-361, en fray Javier Campos, op. cit., p. 345; Paolo Caucci von Saucken: “Militia Sacrae cura peregrinorum: Ordini Militari ed ospitaleri e pellegrinaggio”, pp. 29-49, en Paolo Caucci von Saucken (ed.): *Santiago, Roma, Jerusalén. Actas del III Congreso Internacional de Estudios Jacobeos*, Santiago, 1999, p. 34; Luis Corral Val: *Los monjes soldados de la orden de Alcántara en la Edad Media*, Madrid, 1999, pp. 237-241; Laureà Pagarolas Sabaté: “Las primeras Órdenes Militares: Templarios y Hospitalarios”, pp. 31-56, en AAVV: *Los monjes soldados. Los templarios y otras Órdenes Militares*, Madrid, 1997, p. 39; Carlos Ayala Martínez: “Órdenes Militares hispánicas: Reglas y expansión geográfica”, pp. 57-86, en AAVV: *Los monjes soldados...*, pp. 61-62; Manuel Núñez Rodríguez: “La guerra es mala, pero conviene, dado que es ineludible”, pp. 107-134, en AAVV: *Los monjes soldados...*, pp. 121-122.

decisión de elaborar el opúsculo, en el cual, contrariamente a lo que defendía anteriormente, hace un elogio de la guerra santa y de los monjes-guerreros³. Quizá también influyeran las circunstancias de la Cristiandad en los siglos XI y XII, sobre todo a partir de la primera cruzada.

De laudae novae militiae ad milites Templi consta de dos partes claramente diferenciadas. En la primera, Bernardo describe la misión del templario, justificando la existencia del monje-caballero. En un tono ciertamente apologético, califica la milicia templaria como algo extraordinario, nunca visto en los siglos anteriores. En ella, los caballeros libran a un tiempo dos combates: contra la carne y la sangre y contra el espíritu de la malicia. Este doble combate es lo que se resalta, pues el hecho de que los monjes luchan contra el pecado y los vicios, y los caballeros contra los enemigos, cada uno por su parte, no tiene tanto mérito, pero sí el que ambas luchas confluyan en el mismo combatiente. Este soldado está armado por la fe, del mismo modo que su cuerpo lo está con la armadura.

A continuación hace un elogio del valor del templario, que no teme a la muerte, que incluso la desea, porque la muerte lo unirá a Jesucristo. Es, pues, una justificación del martirio y, al mismo tiempo, una justificación de la guerra contra los infieles, pues el templario, mate o muera, nunca será un homicida, sino un soldado de Cristo. Esto es la guerra santa.

Sin embargo, la caballería secular, frívola, que piensa más en los adornos y las joyas que en la religión, no tiene salvación, porque el caballero secular, si mata a un adversario, encuentra su condena, igual que si muere en la pugna. Pero los templarios, los caballeros de Cristo, como luchan sólo por los intereses de Cristo, no incurren en pecado alguno, ya que, si matan, matan a un enemigo de Cristo y, si mueren, lo hacen por Cristo.

Luego describe la vida cotidiana del caballero templario, en un tono ciertamente exagerado: su disciplina, la pobreza en la que viven, la castidad que practica, etc.

La segunda parte de *De laude...* es una especie de recorrido turístico por Tierra Santa. San Bernardo va haciendo reflexiones sobre los diversos lugares relacionados con la vida de Jesucristo: Belén, Nazareth, etc., la vigilancia de los cuales, para proteger a los peregrinos, estaba encomendada a los templarios. Estas reflexiones tienen por objeto provocar que los templarios sean conscientes de la importancia de su misión en Palestina.

No podemos cuantificar la influencia que pudo tener esta obrilla bernardiana en lo que respecta a la captación, para la Orden templaria, de nuevos hermanos. Seguramente no sería nada despreciable.

De laude... y la Regla muestran con claridad el ideal que insuflaba a los templarios. Son personas de profunda fe, vigorosos y valientes combatientes, disciplinados soldados en la batalla y humildes monjes en el convento, con una vida verdaderamente ascética, más por la dureza de los servicios que debían cumplir que por

³ Alain Demurger: *Auge y caída de los templarios*, Barcelona, 1986, p. 44. Hilario Franco Júnior: *Peregrinos, monges e guerreiros. Feudo-clericalismo e Religiosidade em Castela Medieval*, São Paulo, 1990, p. 173, piensa, en este sentido, que la concepción de la Guerra Santa recibiría su formulación clásica con el mayor de los cistercienses, Bernardo de Claraval". Puesto que para el monje sólo existe, ante el pecado, el refugio del claustro, la misericordia divina, gracias a la cruzada, permitirá la remisión de los pecados; la Cruzada "es una liturgia, de ahí que esté abierta a todos los pecadores, por ello no sólo reunir a una élite de caballeros sino, principalmente, a los malos cristianos..." "... la Cruzada es literalmente participación en la Pasión de Cristo, es prestación de vasallaje a Él, es peregrinación sin retorno, es regeneración de la sociedad humana..." (p. 174).

la práctica del ascetismo corporal. Ciertamente, como monjes que son tienen que prescindir de todo lujo superfluo, porque deben combatir permanentemente los vicios del cuerpo y del espíritu, pero también son soldados, y necesitan estar bien alimentados para no desfallecer en la batalla. Practican la hospitalidad y la caridad con los necesitados, aunque su fin no sea estrictamente éste, sino el patrullaje de los caminos y el combate contra los musulmanes. Sin embargo, a nuestro juicio, es la tarea militar la función primordial. A pesar de que San Bernardo se asombre por la conjunción, en la misma persona, del ideal monástico y del militar, son los servicios de armas los que ocupan la mayor parte de su tiempo, asistiendo sólo cuando el servicio lo permite a los oficios religiosos, algo impensable en un monje cisterciense, por ejemplo. De cualquier manera, estamos ante una monastización de la caballería (o una militarización de la vida monástica si se prefiere) que responde perfectamente a las necesidades de la Iglesia en ese momento. La Orden del Temple, y posteriormente las otras Órdenes militares, son la expresión más apropiada de la “Militia Dei”, en contraposición a la “Malicia Mundi” que representa la caballería secular.

Libro a los caballeros templarios Elogio de la nueva milicia

Prólogo

Bernardo, abad de Claraval, pero sólo de nombre, a Hugo, caballero de Jesucristo y gran maestro de la milicia de Cristo: que pueda librar una buena batalla.

Me pediste una, dos y hasta tres veces, si no me engaño, querido Hugo, que escribiera un sermón exhortatorio para ti y tus caballeros. Como no me era permitido servirme de la lanza contra los insultos de los enemigos, deseaste, al menos, que blandiese mi lengua y mi ingenio contra ellos, asegurándome que te proporcionaría una no pequeña ayuda si animaba con mi pluma a los que no podía animar por el ejercicio de las armas. Tardé un poco en responder, no porque tuviese poco respeto hacia el encargo que me habías hecho, sino por el temor a que me acusasen de precipitación y ligereza si emprendía, con mi impericia acostumbrada, lo que otro más ilustrado que yo podría cumplir con mayor éxito, y que no debía entrometerme en un asunto de tanto interés y tan vital, para que al final saliese algo mucho menos provechoso. Pero después de esperar en vano tanto tiempo, resuelvo hacer lo que pueda, temiendo crean que me falta voluntad más que incapacidad: el lector juzgará si adelanto o no en la empresa. Si lo que he escrito no agrada o no es suficiente para alguien, no tiene importancia, pues, en el ámbito de mi conocimiento, hice lo que pude para satisfacer tus deseos.

I. Sermón exhortatorio a los caballeros templarios.

1. Corre por el mundo la noticia de que no hace mucho nació un nuevo género de caballeros en aquella región en la que el Oriente que nace de lo alto, hecho visible en la carne, honró con su presencia, para exterminar, en el mismo lugar donde lo puso Él, con la fuerza de su brazo, a los príncipes de las tinieblas, a sus infelices ministros, que son hijos de la infidelidad, disipándolos por el valor de estos bravos caballeros, realizando aun hoy en día la redención de su pueblo y suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo. Éste es, vuelvo a decir, el nuevo género de milicia no conocido en siglos pasados; en el cual se dan a un mismo tiempo dos

combates con un valor invencible: contra la carne y la sangre y contra los espíritus de la malicia que están esparcidos por el aire. La verdad, creo que no es original ni excepcional resistir generosamente a un enemigo terrenal sólo con la fuerza de las armas, como tampoco es extraordinario, aunque sea loable, hacer la guerra a los vicios o a los demonios con la virtud del espíritu, pues se ve todo el mundo lleno de monjes que están continuamente en ese ejercicio. Pero, ¿quién no se asombrará por cosa tan admirable y tan poco usual como ver a uno y otro hombre ciñéndose cada uno la espada y noblemente revestido con el cingulo? Ciertamente, este soldado es intrépido y está seguro por todas partes; su espíritu está armado con la armadura de la fe, igual que su cuerpo de coraza de hierro. Estando fortalecido con estas dos clases de armas, no teme ni a los demonios ni a los hombres. Yo digo más, no teme la muerte porque desea morir. Y, en efecto, ¿qué puede hacer temer, sea viviendo o muriendo, a quien encuentra su vida en Jesucristo y su recompensa en la muerte? Es cierto que combate con confianza y con ardor por Jesucristo; pero aún desea más morir y estar con Jesucristo, porque esto es la cosa mejor. Marchad, pues, valerosos caballeros, firmes y con coraje intrépido cargad contra los enemigos de la cruz de Cristo, seguros de que ni la muerte ni la vida os podrán separar del amor de Dios, que está Cristo Jesús; y en el momento del peligro repetid en vuestro interior: *Vivamos o muramos, somos de Dios*. ¡Con cuánta gloria vuelven los que vencieron en una batalla! ¡Qué felices mueren estos mártires en el combate! Regocíjate, gallardo atleta, de vivir y de vencer en el Señor; pero regocíjate aún más si mueres y te unes íntimamente al Señor. Sin duda, tu vida es fecunda y gloriosa tu victoria; pero una santa muerte debe ser considerada más noble. Porque, “si los que mueren en el Señor son bienaventurados”, ¿cuánto más lo serán los que mueren por el Señor?

2. La verdad, de cualquier modo que se muera, sea en el lecho, sean en la guerra, la muerte de los santos será siempre preciosa delante de Dios; pero la que ocurre en la guerra es tanto más preciosa cuanto mayor es la gloria que la acompaña. ¡Qué seguridad hay en la vida con la conciencia pura! ¡Qué seguridad, repito, hay en la vida que aguarda la muerte sin temor alguno, que la desea con dulce tranquilidad y la acepta con devoción! Santa y firme es esta milicia porque está exenta de este doble peligro en el que se encuentra el género humano que no tiene a Cristo por fin de sus combates. Tantas veces como entras en la pelea, tu, que combates en las filas de una milicia profana, debes temer matar a tu enemigo corporalmente y a ti mismo espiritualmente o quizás que él te pueda matar a ti en cuerpo y alma. La derrota o la victoria del cristiano se debe valorar no por la fortuna en el combate, sino por los sentimientos del corazón. Si el motivo por el cual se combate es justo, el resultado de la batalla no puede ser malo; pero tampoco se puede considerar como un éxito su resultado final cuando no está precedido de una buena causa y una justa intención. Si, con la voluntad de matar a tu enemigo, tu mismo quedas tendido, mueres como si fueras un homicida; y, si quedas vencedor y matas a alguien por desear triunfar o por venganza, vives homicida. Pues, mueras o vivas, victorioso o vencido, de ningún modo es ventajoso ser homicida. Desgraciada victoria la que te hace sucumbir al pecado al mismo tiempo que vencer a un hombre. En vano presumes de haber vencido a tu enemigo cuando la ira y el orgullo te vencieron a ti. Hay otros que matan a un hombre no por el ansia de la venganza ni por la arrogancia del triunfo, sino sólo por librarse del peligro. Pero ni en este caso le llamaría yo una buena victoria, porque de dos males, es más leve morir en el cuerpo que en el alma. No porque el cuerpo perezca muere el alma; al contrario, sólo el alma que peca morirá.

II. La milicia secular.

3. ¿Cuál es el fin y el fruto, no digo de esta milicia, sino de esta malicia del siglo, cuando aquel que mata peca mortalmente y aquel que muere perece por una eternidad? Por servirme de palabras del Apóstol: *Aquel que trabaja, debe trabajar en la esperanza de la recolección, y aquel que siembra grano, debe hacerlo en la esperanza de gozar de su fruto.* Decidme, soldados: ¿qué ilusión espantosa es esta y que insoportable furor combatir con tantas fatigas y gastos sin otro jornal que el de la muerte o del crimen? Cubrís los caballos de bellas ropas de seda, forráis las corazas con ricas telas que cuelgan de ellas, pintáis las picas, los escudos y las guardas, lleváis las bridas de los caballos y las espuelas cubiertas de oro, de plata y de pedrería, y con toda esa pompa brillante os precipitáis a la muerte con vergonzoso furor y con una estupidez que no tiene el menor miramiento. ¿Son estos arreos militares, o puros adornos femeninos? ¿O pensáis que la espada del enemigo se va a amedrentar por el oro que lleváis, que os preservará la pedrería y que no será capaz de traspasar esas telas de seda? En fin, yo juzgo, y sin duda vosotros lo experimentaréis con bastante frecuencia, que hay tres cosas que son enteramente necesarias a un combatiente: que el soldado sea fuerte, hábil y precavido para defenderse, que tenga total libertad de movimientos en su cuerpo para poder desplazarse por todos los lados, y decisión para cargar. Vosotros, por contra, mimáis la cabeza como las damas, lleváis grandes cabelleras que constituyen un obstáculo para la vista; embarazáis las piernas con vuestros largos vestidos, envolvéis vuestras tiernas y delicadas manos con grandes manoplas. Pero, sobre todo, y es lo que debe turbar más la conciencia de un soldado, es que las razones por las que se emprenden guerras tan peligrosas son ligeras i fútiles. Porque lo que suscita los combates y las querellas entre vosotros no es, en la mayor parte de las veces, sino una cólera irrefrenable, un afán de vanagloria o la avaricia de poseer cualquier territorio. Por motivos de tal género no vale la pena matar o exponerse a ser vencido.

III. La nueva milicia.

4. Pero los soldados de Cristo combaten confiados en las batallas del Señor, sin temor a pecar cuando vencen al enemigo ni por poner en peligro la propia vida, porque la muerte que se da o recibe por amor de Cristo, lejos de ser criminal, es digna de mucha gloria. Consiguen además dos cosas: por una parte, se hace una ganancia para Cristo, por otra es Cristo mismo lo que se adquiere; porque este recibe gustoso la muerte de su enemigo en desagravio y se da con más gusto aún a su fiel soldado para su consuelo. Así, el soldado de Cristo mata seguro a su enemigo y muere con mayor firmeza. Se sucumbe, sale ganador; y si vence, gana Cristo, *porque no lleva sinrazón la espada, pues es ministro de Dios para ejecutar la venganza sobre los malos y defender la virtud de los buenos.* Por otra parte, cuando mata a un malhechor no debe ser conceptuado por homicida, sino, por decirlo de alguna manera, por malicida, por el justo vengador de Cristo en la persona de los pecadores y defensor de los cristianos. Y cuando él mismo pierde la vida, alcanza su meta. La muerte que él causa es un beneficio para Cristo y la que recibe de él es su dicha verdadera. Un cristiano se honra en la muerte de un pagano porque Cristo es glorificado en ella y la libertad del Rey de reyes se pone de manifiesto en la muerte de un soldado cristiano pues llama al soldado para ofrecerle su recompensa. Por esta razón, el justo se regocijará viendo la venganza consumada. Y podrá decir: *¿Quedará el justo sin recompensa? ¿No hay un Dios que hace justicia sobre la tierra?* Es cierto que no se debería exterminar a los paganos si hubiese algún otro medio de impedir sus ofensivas y reprimir las opresiones violentas que ejercen contra los fieles. Pero, por lo de ahora, es mejor matarlos para que el latigazo de los

pecadores no se abata sobre el destino de los justos, y para que los justos no extiendan su mano a la iniquidad.

5. ¿Y ahora? Si de algún modo le fuera permitido a un cristiano usar la espada, ¿por qué el precursor del Salvador aconsejó a los soldados que debían contentarse con su soldada y no prohibió toda clase de servicio militar? Pero si, por el contrario –y ésta es la auténtica interpretación– tal profesión es lícita para todos aquellos a los que Dios destinó a ella y no están empeñados en otra profesión más perfecta, ¿quién, os pregunto, la puede ejercer mejor que nuestros valerosos caballeros, que por la fuerza de su brazo y de su coraje conservan generosamente la ciudad de Sion, baluarte para todos nosotros, a fin de que, arrojados de Él los enemigos de la ley de Dios, el pueblo de los justos, custodios de la verdad, puedan con toda seguridad entrar allí? Dispersen, pues, y disipen con seguridad a las naciones belicosas y sean exterminados aquellos que nos conturban continuamente y arrojados de la ciudad del Salvador todos los impíos que cometen la iniquidad, que anhelan robar las incalculables riquezas acumuladas en Jerusalén por el pueblo cristiano, profanando las cosas santas, y poseer el derecho de herencia el santuario de Dios. Sean desenvainadas las dos espadas de los fieles contra las cabezas de los enemigos a fin de destruir todo orgullo que se erija contra la ciencia de Dios, que es fe cristiana, *para que los gentiles no digan un día: ¿Dónde está el Dios de estas naciones?*

6. Una vez expulsados los enemigos de su casa, Él mismo volverá a su heredad, de la cual predijo en su cólera: *Ved que vuestra casa quedará desamparada como un desierto*; y de la que se queja por la boca de su profeta en estas palabras: *Dejé mi casa y abandoné mi heredad*. Cumplirá esta profecía de Jeremías: *El Señor rescató a su pueblo y lo liberó; y ellos vendrán y se regocijarán sobre la montaña de Sion y gozarán con placer de los bienes del Señor*. Alégrate, ¡oh, Jerusalén! y reconoce el tiempo de tu salvación. *Regocíjate y cantad a coro, ruinas de Jerusalén, porque Dios consoló a su pueblo, liberó a Jerusalén y levantó su brazo delante de todas las naciones. Virgen de Israel, estabas caída y no se hallaba persona que te levantase. Levántate ahora, hija de Sion, virgen cautiva, y sacúdete el polvo. Levántate, repito, sube hasta las alturas y mira el consuelo y la alegría que te trae tu Dios. Nunca más te llamarán abandonada y no te dirán que tu tierra está devastada, porque el Señor te prefiere a ti y tu tierra será habitada. Vuelve los ojos y mira a tu alrededor: todos estos pueblo se juntaron y vinieron a ti. Del lugar santo fue enviado este auxilio*, y verdaderamente por medio de estas tropas fieles se cumple en tu favor esta antigua promesa, de la que habló el profeta: *Te haré el orgullo de los siglos, la alegría de las generaciones futuras: mamarás la leche de las naciones y serás alimentada del pecho de los reyes*. Y en otra parte: *Como una madre acaricia a sus hijos, así os consolaré yo; en Jerusalén seréis consolados*. ¿No veis cómo aprueban muchos testimonios de los profetas nuestra milicia y cómo lo que oyéramos lo vimos en la ciudad de Dios, del Señor de los ejércitos? Es menester, con todo, tener un gran cuidado de que esta explicación literal no perjudique en nada el sentido espiritual. De manera que debemos esperar para la eternidad esto que atribuimos al tiempo presente tomando a la letra las palabras de los profetas; para que las cosas que vemos no borren de nuestros espíritus las que creemos, ni lo poco que poseemos disminuya las riquezas que esperamos, ni la seguridad de los bienes presentes nos haga perder los de los siglos futuros. Y, en verdad, la gloria temporal de la ciudad terrestre no destruye en nosotros los bienes que nos están reservados en el cielo, sino que, al contrario, sirve para establecerlos mejor, si, con todo eso, no dudamos de ninguna manera que esta Jerusalén de aquí abajo es la figura verdadera de aquella que en los cielos es nuestra madre.

IV. La vida de los caballeros templarios.

7. Mas con la finalidad de que os imiten o al menos se queden confundidos los soldados que no luchan en la milicia de Dios, sino en la del diablo, digamos unas palabras de la vida y las costumbres de los caballeros de Cristo y de qué manera se portan en la guerra y en su vida particular, a fin de dar a conocer mejor la diferencia que hay entre las milicia de Dios y la del siglo. Primeramente, se guarda perfectamente la disciplina y la obediencia es exacta, porque, siguiendo el testimonio de la Escritura, un hijo indisciplinado, perecerá. Y también: *la desobediencia es un pecado similar a la práctica de la magia, y pecado casi igual al de la idolatría no querer obedecer*. Va y viene a la primera señal de la voluntad del que manda, se viste de lo que se da y no osa buscar en otra parte ni el vestido ni el alimento. No se ve nada superfluo en el sustento ni en el vestido, contentándose con satisfacer la pura necesidad. Todos viven en común en una sociedad agradable y modesta; sin mujeres y sin hijos, a fin de que nada falte de la perfección evangélica; de común acuerdo, moran todos juntos en una misma casa, sin propiedad alguna particular, teniendo un cuidado muy grande por conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Se diría que toda esa multitud de personas no tiene sino un solo corazón y na sola alma. Cada uno procura no seguir su propia voluntad, sino obedecer puntualmente el mandato del superior. Nunca están ociosos ni corren de aquí para allá deseando satisfacer su curiosidad, sino que cuando no están en marcha, lo que raras veces sucede, están siempre ocupados, para no comer ociosamente su pan, en reparar su armas y coser sus hábitos, en arreglar lo que está ya demasiado viejo o en ordenar lo que está dislocado; en fin, en trabajar en todo aquello que la voluntad del gran maestro o la común necesidad prescribe. Entre ellos no hay favoritismo; se tiene consideración de las prendas, no de la alcurnia. Se anticipan a honrar unos a otros y llevan las cargas del próximo, a fin de cumplir por este medio la ley de Cristo. Una palabra insolente, una acción inútil, una risa moderada, una leve queja o la menor murmuración no quedan jamás sin castigo en este lugar. El juego de ajedrez y los dados se detesta aquí; tienen horror a la caza; no se entretienen –como en otras partes– en cazar aves al vuelo. Rechazan y abominan de los cómicos, magos y juglares, de los cuentos de fábulas, de las canciones burlescas y toda clase de espectáculos y comedias, por considerarlos vanidades y falsas locuras. Llevan el cabello rapado, sabiendo que, según el Apóstol, es vergonzoso que un hombre lleve la cabellera larga. Nunca rizan el pelo; se bañan muy raras veces; no se cuidan del peinado, van cubiertos de polvo y negros por la cota de malla y por los vehementes ardores del sol.

8. Cuando se acerca la hora de la batalla, se arman en su interior con la fe y por fuera con las armas de acero, sin dorado alguno, para infundir, armados de este modo, sin preciosos ornamentos, terror a los enemigos en vez de excitar su avaricia. Ponen mucho cuidado en llevar buenos caballos, fuertes y ligeros, y no les preocupa ni el color de su pelo ni que vayan ricamente engalanados. Piensan más en combatir que en presentarse con fausto y pompa y, aspirando a la victoria y no a la vanagloria, procuran hacerse respetar más que admirar de sus enemigos. Además nunca marchan en tropel o impetuosamente, ni se precipitan a la ligera en los peligros, sino que guardan siempre su puesto con toda la precaución y prudencia imaginables. Entran en la batalla con la más bella orden, según lo que está escrito de los Padres: los verdaderos israelitas marchan en batalla con un espíritu pacífico. Pero, llegados a las manos, entonces dejan a un lado toda su habitual mansedumbre, como si se dijeran: *¿No aborreceré, Señor, a los que te aborrecen, y detestar a tus enemigos?* Se lanzan sobre sus contrarios, como si las tropas enemigas fueran rebaños de ovejas; y, aunque son muy pocos, no temen, de ninguna manera, a la multitud de sus adversarios ni su bárbara crueldad. Igualmente, están

enseñados a no presumir en nada de sus propias fuerzas, sino a esperar todo del poder del Dios de los ejércitos, a quien le es fácil, según la sentencia del libro de los Macabeos, *que unos pocos envuelvan a muchos, pues al Dios del cielo le cuesta lo mismo salvar a su pueblo con mucha o poca gente; porque la victoria no depende del número de soldados, sino de la fuerza que llega del cielo*. Esto lo experimentaron frecuentemente, haber contemplado muchas veces cómo un hombre solo puso en fuga a un millar de hombres, y diez mil por dos tan solo. En fin, aún hoy en día se ve, por una providencia singular y admirable, que son más mansos con los corderos y más feroces con los leones. De manera que, de buena fe, no acierto a decir si se debe calificarlos con el nombre de monjes o de caballeros; por hablar con propiedad, mejor decir que son las dos cosas, puesto que tienen tanto la mansedumbre de los monjes como el esfuerzo de los soldados. Pero ¿qué se puede decir aquí sino que *es Dios mismo el autor de estas maravillas que vemos con pasmo delante de nuestros ojos?* Dios es, vuelvo a decir, quien escogió para sí tales siervos y los ha juntado, desde los confines de la tierra, de entre todos los más valientes de Israel, para guardar fiel y animosamente el lecho del verdadero Salomón, es decir, el santo sepulcro, con la fuerza de sus armas y con su destreza en los combates.

V. El templo.

9. Hay un templo en la ciudad de Jerusalén en el que todos estos caballeros viven juntos, que no es, la verdad, tan magnífico en su estructura como el famoso y antiguo templo de Salomón, pero que tampoco le cede en nada en cuanto al esplendor de su gloria. Porque toda la magnificencia del primero consistía únicamente en la materia corruptible del oro y la plata con que estaba enriquecido, en las perfectamente encuadradas piedras y en la diversidad de las maderas con que estaba fabricado. Pero la gran piedad y el excelente modo de vida de los que habitan éste conforman todo su ornamento. Aquél era admirable por la variedad de sus colores, éste es venerable por las muchas virtudes y acciones santas que se practican en él. También la santidad es el verdadero ornamento de la casa de Dios, que no se complace tanto de pulidos mármoles como de las buenas costumbres y prefiera las almas puras mucho más que las paredes doradas. Toda la fachada de este templo está adornada de armas, no de piedras preciosas. En lo relativo a las coronas de oro con las que estaban cubiertas los muros del antiguo, lo de éste están cargados de escudos que cuelgan de todas partes. Y la casa está provista de buenos arneses, de protecciones para caballos, de frenos y de lanzas, en lugar de los candelabros, incensarios y copas litúrgicas. Todas estas cosas hacen ver claramente que nuestros caballeros están animados del mismo celo por la casa de Dios que manifestó en otro tiempo el gran Capitán de los ejércitos cuando, encolerizado y con la mano armada de hierro, sino de un azote hecho de cuerdas, entró en el templo y echó del a los vendedores de palomas, juzgando que era una cosa enteramente indigna el profanar la casa de la oración con esta clase de negocios y tráficos temporales. Así, nuestros piadosos caballeros, animados por este ejemplo de su Rey y viendo que los lugares santos eran manchados por los infieles de una manera más indigna e intolerable que por los antiguos mercaderes del templo, vinieron a establecerse en la casa de la santidad con sus caballos y armas. Y, después de haber expulsado de esta morada y de los demás santos lugares toda la inmundicia y tiránica prepotencia de los infieles, desempeñan día y noche en este mismo lugar ocupaciones útiles y honestas. Honran con una santa emulación el templo de Dios por los servicios que aquí hacen asiduamente y con sinceridad de corazón, sacrificando todos los días con una devoción constante no la carne de las bestias, a la manera de los antiguos judíos, sino las víctimas

verdaderamente pacíficas de una caridad fraterna, de una devota obediencia, de una pobreza voluntaria.

10. Estas cosas que están sucediendo en Jerusalén animan al mundo entero. Las islas escuchan estas noticias, los pueblos más remotos las escuchan y hierven todos, desde oriente a occidente, como un torrente que inunda de gloria a las gentes, como un río que se desborda y que alegra la ciudad de Dios. Pero lo más agradable y lo más útil es que entre esa gran multitud de personas que vienen a este lugar veréis muy pocos que no sean malhechores, impíos, ladrones, sacrílegos, homicidas, perjuros o adulteros. De manera que, así como su viaje produce un doble bien, igualmente resulta de él una doble alegría, pues se regocijan por su partida los del país de donde salen y por su llegada estos a los que vienen a socorrer. Así, son de utilidad a los unos y a los otros; a éstos, presentándose para defenderlos, y a aquellos, cesando en su opresión. Por una parte, Egipto se llena de alegría por su partida; por otra, Sión y las hijas de Judá se llenan de gozo por la protección que reciben en su llegada. Egipto presume de estar libre de sus manos y Sion se ve más segura por la fuerza de su brazo. Aquél pierde con agrado a los que le robaban con crueldad y esta recibe alegre a los que vienen a defenderla con fidelidad, siendo la misma causa de la desolación saludable de Egipto y del dulce consuelo de Jerusalén. Así sabe Cristo vengarse perfectamente de sus enemigos; así suele triunfar no sólo de ellos mismos, sino por ellos mismos, tanto más gloriosamente cuanto lo hace más poderosamente. En lo cual no se encuentra menos placer que provecho, pues comienza a tener por protectores a los mismos que por tanto tiempo le habían sido opuestos y hace un fiel soldado de su propio enemigo, como en otro tiempo hizo de un Saulo perseguidor un Pablo predicador. Por eso no me asombro de que, según la expresión del Salvador, la corte celestial manifieste más alegría por la conversión de un pecador que hace penitencia que por la perseverancia de muchos justos que no tienen necesidad de ella. Porque la conversión de un pecador y de un impío es para muchos más ventajosa que nociva la mala vida que llevaban antes.

11. Salve, pues, ciudad santa que el Hijo del Altísimo santificó para morada suya con el fin de obrar en ti la salvación de todas las naciones de la tierra. Salve, ciudad del gran Rey, en la que se manifestaron al mundo tan nuevos y tan agradables prodigios en todos los tiempos desde su principio. Salve, soberana de las naciones, princesa de las provincias, posesión de los patriarcas, madre de los profetas y los apóstoles, origen de la fe, gloria y honor de todo el pueblo cristiano. Dios permitió que fueras fácilmente combatida a fin de que tu misma fueras para nuestros valientes guerreros ocasión de salvación, como también de esfuerzo y valor. Salve, tierra de promisión que, habiendo en otro tiempo manado leche y miel en beneficio de tus primeros habitantes, presentas ahora a todos los pueblos del universo los alimentos de la vida, los remedios de la salvación. Tierra, vuelvo a decir, buena y excelentísima que, recibiendo en tu seno fecundo el grano celestial del arca del corazón paterno, produjiste de esta divina simiente un número crecido de santos mártires; que, como un terrón más fértil que todas las tierras, aún produjiste el treinta, sesenta y hasta el ciento por uno en todos los estados de la vida cristiana. Por tanto, plenamente saciados y abundantemente nutridos de la riqueza de tu dulzura, todos los que te vieron proclaman por todo el mundo el recuerdo de tus abundantes fragancias que van a hablar, por los confines de la tierra, a cuantos no te han visto, y pregonar la magnificencia de tu gloria y de las maravillas que se hacen en tí. *¡Qué pregón tan hermoso para ti, ciudad de Dios!*. Pero ahora digamos nosotros también alguna cosa de estas grandes delicias de que gozas en honor y gloria de tu nombre.

VI. Belén.

12. Comenzaremos con Belén, que significa casa del pan, sustento de las almas santas; en la que primeramente este pan vivo que descendió del cielo se hizo visible después de que la Virgen le diera luz al mundo. Allí se muestra el pesebre que sirvió a los piadosos animales, y en este pesebre lo feo que fue producido en el prado virginal, a fin de que, cuando menos por este medio, reconozca el buey a su Dueño, y el asno el pesebre su señor. En efecto, *toda carne es feo y toda su gloria es como la flor del feo*. Pero porque, no comprendiendo el hombre el honor en que fuera creado, fue justamente comparado a los animales irracionales y hecho semejante a ellos, el Verbo, que era pan de los ángeles, se hizo manjar de los animales, para que quien dejara de nutrirse del pan del Verbo tuviera el feo de la carne para comerlo hasta que, devuelto a su primera dignidad por el Dios hecho hombre y cambiado, por segunda vez, de bestia en hombre, pudiera decir con San Pablo: *Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así*. Pero no creo que alguien pueda afirmar verdaderamente a no ser que, como Pedro, escuchara de boca de la Verdad: *Las palabras que os digo son espíritu y vida y la carne no sirve de nada*. Verdaderamente, el que haya encontrado la vida en las palabras de Cristo no precisa ya de la carne y seguramente del número de bienaventurados que no vieron y creyeron. Tampoco tiene más necesidad de leche que los niños, y sólo las bestias necesitan el feo. Pero el que no peca por la boca es un varón perfecto, capaz de nutrirse con un alimento más sólido y come el pan del Verbo sin ofensa, aunque con el sudor de su frente. Predica también con seguridad y sin escándalo la sabiduría de Dios, pero sólo los perfectos, distribuyendo las cosas espirituales a los espirituales y no proponiendo a Jesús, a Jesús crucificado, a los niños y a las bestias sino con mucha precaución y según sus capacidades. Con todo ello, no es más que un mismo manjar lo que, habiendo venido de los pastos celestiales, rumia la bestia, y come el hombre con suavidad; lo que nutre a los párvulos y fortifica a los adultos.

VII. Nazaret.

13. Veamos ahora Nazaret, que significa flor, donde el Dios niño que naciera en Belén fue creciendo como un fruto en la flor para que el olor de esta flor precediese al sabor del paladar y su santo licor pasase de la nariz de los profetas a las bocas de los apóstoles; lo cual, contentándose los judíos con sentir su fragancia muy ligeramente, se sacia por entero a los cristianos con las excelencias de su gusto. De hecho, Natanael percibiera que el olor de esta flor era mil veces más suave que los más excelentes aromas, lo que le hacía decir: *¿Es posible que de Nazaret pueda venir cosa buena?* Pero insatisfecho con sentir sólo el perfume, siguió a Felipe que le respondiera: *Ven y lo verás*. De manera que, embriagado de este perfume maravillosamente agradable y por el atractivo, apasionado por el sabor, buscó, siendo ella misma su guía, llegar cuanto antes al gozo del fruto, deseando experimentar con más abundancia lo que no sintiera sino de paso y gustar en persona lo que en otro tiempo no había olido más que superficialmente. Veamos aún si el buen olfato de Isaac no nos quiso vaticinar algo semejante después de sentir la fragancia de los vestidos de Jacob. La Escritura lo narra así: *En cuanto percibió el aroma de su traje* (de Jacob sin duda), *Fijaos*, exclamó, *el aroma de mi hijo es como el de un campo fértil bendecido por el Señor*. Sintió la fragancia del vestido, pero no reconoció a la persona que lo llevaba y, complaciéndose en la fragancia que salía de este vestido, como si fuera de una flor muy olorosa, no saboreó la dulzura del fruto interior al quedar privado a un tiempo del conocimiento del misterio y de su hijo adoptivo. ¿Qué significado tiene esto? El vestido del espíritu es la letra y la carne del Verbo. Los judíos no conocen aún ahora el Verbo en la carne ni la divinidad en el hombre, ni pudieron

hasta el presente descubrir el sentido espiritual que está encerrado bajo el velo de la letra. Y, palpando por el exterior el pellejo del cabrito que les pareció lo del Hijo mayor, es decir, del primer y antiguo pecador, no pudieron llegar aún al conocimiento de la verdad desnuda. Ciertamente, aquel que venía al mundo para deshacer el pecado, y no para cometerlo, no se hizo visible en la carne de pecado; para que, como Él mismo ha explicado, *aquellos que no ven, vean, y los que ven, caigan en la ceguera*. Engañado el profeta por esta similitud y estando ciego aún hoy en día, da su bendición a aquel que no conoce cuando no reconoce por los milagros a lo que las Escrituras Santas les descubren; e, tocándolo con sus propias manos, atándolo¹, azotándolo, y abofeteándolo, permanece en la ignorancia aún cuando haya resucitado. En efecto, *si lo hubieran conocido, no habrían crucificado jamás al Señor de la gloria*.. Pero discurremos ahora brevemente por los demás lugares santos y, ya que no podemos visitarlos todos, visitemos algunos, hablando sucintamente de los más considerables e insignes, puesto que no estamos en disposición de admirarlos a cada uno en particular.

VIII. El monte de los Olivos y el valle de Josafat.

14. Se sube al monte de los Olivos y se desciende al valle de Josafat a fin de que penséis de tal manera en las riquezas de la divina misericordia, que no perdáis la memoria de los rigores del juicio de Dios. Porque, si bien Dios está dispuesto a perdonar, por la grandeza infinita de su clemencia, sus juicios, con todo ello, son una abismo infinitamente profundo, que nos debe hacer conocer que es extremadamente terrible en los designios que tiene sobre los hijos de los hombres. El propio David nos señala al monte de los Olivos cuando dice: *Salvarás a los hombres y a los animales, Señor, lo mismo que multiplicaste tu misericordia, Dios*, y alude en el mismo salmo al valle del juicio universal en estos términos: *El pie de la soberbia no venga hasta mí; y la mano del pecador no me mueva*. Y confiesa que tiene un extremo horror a este precipicio cuando habla de este modo en otro salmo, rezando: *Traspasa mi carne tu temor; pues estoy espantado ante la idea de tus juicios*. El soberbio se despeña y destroza en este valle; pero el humilde desciende a él y no corre peligro. El soberbio busca excusas a su pecado, y el humilde se acusa de él, sabiendo que Dios no juzga dos veces una misma cosa y que, si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seremos juzgados.

15. Además, no teniendo conciencia el soberbio del terrible que es caer en manos de Dios vivo, busca fácilmente palabras de maldad para alegar excusas en sus pecados. Y, en verdad, es una extrema maldad no tener lástima de ti mismo, rechazar la confesión, el único remedio que te queda después del pecado, y cerrar el fuego en tu seno en vez de sacudirlo de allí, sin querer prestar atención al consejo del sabio, que te está diciendo: *Ten misericordia de tu alma y complace a Dios*. ¿Cómo aquél que es malo para sí mismo puede ser bueno para otro? *Ahora el mundo va a ser juzgado; ahora el príncipe de este mundo va a ser expulsado fuera*, es decir, fuera de tu corazón, si es que, humillándote, te juzgas a ti mismo. El juicio del cielo se hará cuando el cielo mismo sea llamado desde lo alto y la tierra desde lo bajo para hacer la separación de su pueblo. Es de temer que en este juicio te precipites con el príncipe de las tinieblas y sus ángeles si aún no te has juzgado. Porque el hombre espiritual que juzga todas las cosas no será juzgado por nadie. También por eso mismo el juicio comienza por la casa de Dios a fin de que, llegado el juez, halle juzgados a los que le son conocidos y nada le quede por juzgar cuando sean juzgados los que no pasan fatigas humanas ni se afligen con ellos.

IX. El Jordán.

16. ¡Con qué alegría el Jordán recibe a los cristianos después de la gloria de haber sido consagrado por el bautismo de Cristo! Seguramente, el leproso de Siria se alejó mucho de la verdad cuando prefirió no sé qué aguas de Damasco a las de Israel, habiendo dado, devoto, nuestro Jordán tantas pruebas de obediencia a las órdenes de Dios cuando, deteniendo su curso por un milagro enteramente evidente, paró en seco para dar libre paso ya al profeta Elías, ya a su discípulo Eliseo, ya, por decir alguna cosa de tiempos más remotos, al gran capitán Josué y al pueblo que lo acompañaba. En fin, ¿cuál de entre todos los ríos fue más ensalzado que éste, que recibió una consagración particularísima por la presencia sensible y manifiesta de la Santísima Trinidad? El Padre fue aquí escuchado, el Espíritu Santo visto y el Hijo fue bautizado. Con gran razón pues, todos los cristianos experimentan en sus almas, obedeciendo a Cristo, esta misma virtud que el sirio Naamán, siguiendo el consejo del profeta, sintió en su cuerpo.

X. El lugar del Calvario.

17. Al salir de Jerusalén se va al lugar del Calvario, donde el verdadero Eliseo, después de haber sido motivo de mofa para unos niños insensatos, mereció la dulce risa de la gloria eterna para aquellos de quien dice: *Miradme aquí y a los niños que el Señor me dio*. Niños enteramente buenos a quienes, en oposición a otros maliciosos, el salmista invita a cantar los loores a Dios con estas palabras: *Load, niños, al Señor, load su santo Nombre*, para que este loor sea perfecto en la boca de los santos infantes y de aquellos niños de pecho, puesto que faltó en la de los envidiosos ingratos, de los que se queja el Señor a través de estas sentidas palabras del profeta: *Alimenté hijos y los ensalcé, pero me despreciaron*. Subió, pues, a la cruz nuestro calvo y fue expuesto a la risa del mundo para la salvación del mundo. Y, trabajando para borrar el pecado, el rostro y la fuente fueron descubiertos, no tuvo dificultad en exponerse no sólo a la vergüenza, sino también al suplicio de una muerte tan ignominiosa como cruel, para librarnos del oprobio y restituirnos la gloria. Ni esto es sorprendente. Porque ¿de qué se debería avergonzar quien de tal suerte nos ha lavado los pecados, quien ha sido no como agua que diluye y conserva la suciedad, sino como un rayo de sol que la deseca conservando su pureza? Así es la sabiduría de Dios, que alcanza a todas partes con su pureza.

XI. El sepulcro.

18. Entre estos santos y amables lugares, el sepulcro tiene, en cierta manera, la primacía y se sienten no sé qué movimientos de mayor devoción en el lugar en el que nuestro Señor reposó después de su muerte que en todos los otros en los que estuvo durante su vida. Hasta la memoria de su muerte nos mueve, con más eficacia que la de su vida, a los sentimientos de piedad y devoción. Juzgo que esto viene de la dulzura que apareció en aquélla, mientras no se ve sino austeridad en ésta. De la misma manera que el reposo del sueño es más agradable a la flaqueza humana que el trabajo de una vida laboriosa, y la seguridad de una buena muerte, más que la rectitud de la vida. La vida de Cristo me fue dada para modelo de la mía, pero su muerte ha sido el rescate de la muerte que yo mereciera. Aquélla instruyó mi vida. La vida de Cristo me fue dada para modelo de la mía, ésta destruyó mi muerte. Su vida, en verdad, fue penosa, pero su muerte preciosa; y una y otra me han sido necesarias por completo. En efecto, ¿de qué puede servir la muerte de Cristo a quien tiene una mala vida, o su vida al que muere en

estado de condenación? ¿Pensáis que aún ahora la muerte de Cristo libra de la muerte eterna a los que viven aquí abajo en pecado hasta la muerte? ¿O que la santidad de su vida sacó de su cautiverio a los santos padres que murieron antes que Nuestro Señor? ¿No está escrito: *Qué hombre vivirá sin verla muerte y quién librará su alma dela garra del infierno?* Pero como ambas cosas nos son igualmente necesarias, es decir, vivir piadosamente y morir con la seguridad de nuestra salvación, nos ha enseñado a vivir con su vida y a morir con seguridad con su muerte, dado que murió para resucitar y dio a los que mueren una esperanza verdadera de su resurrección. Pero añadió un tercer beneficio, sin el cual todos los otros no servirían de nada, al perdonar los pecados. Pues, por lo que toca a la verdadera y soberana bienaventuranza, ¿qué premio conseguiría la vida más recta y longeva de cualquiera aún estando sólo manchado del pecado original? El pecado precedió para que la muerte lo siguiese; si el hombre lo hubiese evitado, jamás habría experimentado la muerte.

19. Pecando, pues, perdió la vida y encontró la muerte, porque no sólo Dios lo predijera así, sino que era una cosa muy justa que el hombre muriese si pecaba. Porque ¿qué cosa más conforme a justicia que la pena del talión? Pues, siendo Dios la vida del alma, como ésta es la vida del cuerpo, es justo que, queriendo perder el principio de su vida pecando mortalmente, perdiese también, a su pesar, el poder dar la vida a su cuerpo. Voluntariamente desechó la vida no queriendo vivir más; es justo pues, que no pudiese darla más a quien quisiera ni de la manera en que quisiera. El alma no se quiso dejar gobernar por la bondad de Dios; su cuerpo, pues, no sea gobernado más por ella. Si ella no obedeció a su superior, ¿por qué va a mandar a su inferior? Puesto que el Creador encuentra a su criatura en rebelión, también es justo que el alma encuentre resistencia en la carne, que no está sino para servirla. Habiendo el hombre transgredido la ley de Dios, es justo que merezca encontrar entre sus miembros una ley que resista a la ley de su espíritu y que lo reduzca a la servidumbre bajo la ley del pecado. El pecado, como dice la Escritura, *pone separación entre Dios y nosotros*; haga la muerte, por tanto, separación entre nuestro cuerpo y nosotros. Lo mismo que el alma no pudo haber sido separada de Dios mas que por el pecado, tampoco el cuerpo puede ser separado de ella mas que por la muerte. ¿Por qué se queja del rigor del castigo, puesto que no sufre su servidor sino quien ha osado emprender contra su Señor? En verdad, nada era más congruente que producir la muerte otra muerte, la espiritual generar la corporal; la criminal, la penal; la voluntaria, la necesaria.

20. Así, habiendo sido condenado el hombre a esa doble muerte en referencia a su doble naturaleza, una espiritual y voluntaria y otra corporal y necesaria, el Dios-hombre, por su benignidad y por su poder, trajo remedio para ambas con una única muerte corporal y voluntaria anulando nuestras dos muertes. Y esto se hizo. Así tenía que ser porque, habiendo sido una de estas muertes el castigo del pecado y la otra la pena, Cristo, asumiendo el castigo sin haber cometido el pecado, nos merece justamente la vida y la santidad sólo por la muerte que quiso sufrir corporalmente. En efecto, si no hubiese padecido corporalmente, no habría satisfecho nuestra deuda; y si no muriera voluntariamente, ningún merito habría tenido su muerte pues, como ya hemos dicho, si el pecado es fruto de la muerte, y la muerte la deuda del pecado, remitiéndonos Cristo al pecado y muriendo por los pecadores ya no existe la culpa y su deuda queda saldada.

21. Pero ¿cómo sabemos que Cristo pudo borrar los pecados? Nosotros lo sabemos ciertamente, porque es Dios y porque puede todo lo que quiere. Pero ¿de dónde conocemos que es Dios? Sus milagros son de una prueba convincente. Pues sin hablar de los oráculos de los profetas y del testimonio que nos fue dado por la voz del Padre, que se hizo oír con magnificencia desde el cielo por medio de gloria brillante, hace cosas que son imposibles a otro. Si *Dios está a nuestro favor, ¿quién podrá estar*

en contra? Si Dios nos justifica, ¿quién nos podrá condenar? Si al mismo Dios es, no a otro, a quien confesamos nuestras culpas cada día: Contra ti sólo pequé, ¿quién mejor, o más bien, qué otro nos podrá condonar el pecado cometido contra Él? ¿No lo podrá hacer Él, que todo lo puede? Incluso yo, si quiero, puedo perdonar el mal cometido contra mí; ¿y Dios no podrá perdonar lo que se ha hecho contra Él? Si es todopoderoso para perdonar los pecados y el único que lo puede hacer, puesto que han sido cometidos sólo contra él, en verdad es bienaventurado aquel a quien no imputa su pecado. Así, ¿veis claramente como Cristo pudo perdonar los pecados por el poder de su divinidad?

22. *¿Quién puede dudar que quiere perdonarlos? ¿Pensáis que aquel Señor que se revistió de nuestra carne y que quiso padecer nuestra muerte podrá negarnos su justicia? Se encarnó voluntariamente, padeció voluntariamente, fue crucificado porque lo quiso... ¿nos privará de su misericordia? No; nos manifestó que lo quiere por su humanidad lo que, nos consta, puede por su divinidad. Pero ¿de dónde sacamos nosotros la seguridad de que destruyó a la muerte? De que la sufrió sin tenerla merecido. ¿Y con qué razón se nos pediría por segunda vez una deuda que Él mismo pagó ya por nosotros? Aquel mismo Señor que borró la deuda del pecado, dándonos su justicia, satisfizo plenamente la deuda de la muerte y nos dio la vida. Así, la vida retornó por la propia muerte y la justicia fue restablecida por la destrucción del pecado, puesto que, por la muerte de Cristo, la muerte fue puesta en fuga siéndonos dada su justicia. Pero ¿cómo pudo morir lo que era Dios? La respuesta es muy fácil: porque también era hombre. ¿Y cómo la muerte de este hombre pudo valer para la de otro? Muy bien pudo, porque también era justo. En verdad, porque era hombre pudo morir, y porque era justo no murió inútilmente. Es cierto que un hombre manchado de pecado no puede liquidar por otro la deuda de la muerte, puesto que cada uno muere por sí mismo. Pero aquél que no está obligado a morir por culpa personal, ¿tiene que morir en vano por otro? En verdad, cuanto más indigno sea que muera aquél que no mereció la muerte, tanto más justo es que viva aquél por quien se muere.*

23. *Pero “¿qué justicia hay”, dice, “en que el inocente muera por el culpable?” Ésta no es justicia, sino misericordia. Si fuese justicia no moriría gratuitamente, sino por pagar una deuda. Y si muriese para pagar una deuda personal, el en verdad moriría, pero aquél por quien iba a morir no viviría. Pero si no hay estricta justicia en esto, tampoco nada va contra la justicia; de lo contrario, sería imposible a la vez justo y misericordioso. Pero, “aunque el justo pueda, sin injusticia, pagar por el pecador, ¿cómo uno solo puede pagar por muchos? Porque parece propio de la justicia que la muerte de uno no pueda devolver la vida más que a otro”. Escucha la respuesta del Apóstol: Así como por el pecado de uno sólo se condenaron todos los hombres, así por la justicia de uno sólo los hombres reciben la justificación de la vida. Pues del mismo modo en que todos se hicieron pecadores por la desobediencia de un único hombre, así todos serán justos por la obediencia de uno sólo. Pero si se puede restituir la justicia a muchos, ¿acaso no podrá devolverles la vida? La muerte entró por un hombre en el mundo, dice el Apóstol, otro hombre trajo la resurrección; y así como todos murieron en Adán, así todos serán vivificados por Cristo. Si pecando sólo uno todos se hicieron culpables; ¿la obediencia de otro no podrá aprovechar mas que a uno sólo? ¿Es posible que la justicia de Dios sea menos poderosa para socorrer que para condenar? ¿O que Adán tuviese más poder para el mal que Jesucristo para el bien? El pecado de Adán me será imputado; ¿y la justicia de Cristo no me aprovechará nada? Me perdió la desobediencia del primero; ¿no me servirá de nada la obediencia del segundo?*

24. *“Pero hay muchas razones, dices, para que todos contrajésemos la culpa de Adán, puesto que todos pecamos en él, por cuanto que estábamos todos en él cuando pecó, y fuimos generados en su carne por la concupiscencia de la carne”. Pero ¿quién*

duda que el nacimiento, según el espíritu, que nosotros tuvimos de Dios no es mucho más íntimo que aquél que tuvimos de Adán, según la carne, e incluso estuvimos en Cristo, según este espíritu, mucho antes de que estuviésemos en Adán según la carne? ¡Pero con tal de que confiemos formar parte del número dichoso de aquellos de quien el Apóstol afirma: *Antes de la creación del mundo nos eligió con Él*, es decir, con el Padre en el Hijo. El evangelista San Juan testimonia también nuestro nacimiento en Dios cuando dice: *No de linaje humano, ni por impulso de la carne, ni por deseo de varón, sino que nacen de Dios*. Y dice igualmente en una epístola: El nacido de Dios no peca, porque la generación celeste lo conserva. “Pero la concupiscencia carnal, dices, testimonia nuestro origen carnal, y el pecado que sentimos en la carne pone de manifiesto que, según la carne, descendemos de la carne de un pecador. Convengo en esta verdad; pero esta generación espiritual se hace sentir en el corazón, y no en la carne, a aquellos solamente que pueden decir con San Pablo: *Nosotros tenemos el sentido y el espíritu de Cristo*. En el cual conocen también que han realizado un progreso tan grande, que no temen decir con toda la confianza posible: *Su espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*. Y aún: *Nosotros no recibimos el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios, para así conocer los dones que nos ha hecho*. Por el espíritu que es de Dios se difunde en nuestros corazones el amor, de la misma manera que por la carne, que viene de Adán, penetra en nosotros la concupiscencia. Es así como esta, que desciende del progenitor de nuestros cuerpos, no se aleja jamás de la carne durante la vida mortal, así el amor que procede del Padre de los espíritus permanece para siempre en la voluntad de los hijos, al menos de los perfectos.

25. Por tanto, si nacemos de Dios y fuimos elegidos en Cristo, no sería justo que nuestro origen humano y terreno fuese más eficaz para dañar que la divina y celestial para hacer bien, que la procreación carnal supere al designio de Dios y que la concupiscencia carnal, heredada en el tiempo, anule el eterno designio de Dios? Pero si la muerte entró por un hombre, ¿por qué razón un solo hombre, y qué Hombre, no podría darnos una vida superior? Si todos morimos en Adán, ¿por qué no vamos a revivir todos en Cristo con mayor vitalidad? *No es lo mismo el delito que la gracia; porque hemos sido condenados en el juicio de Dios por un único pecado, mientras que somos justificados por la gracia después de muchos pecados*. Es verdad, pues, que Cristo pudo perdonar los pecados porque es Dios, y pudo morir porque es hombre; muriendo, pudo satisfacer la deuda que teníamos de morir, porque es justo. De este modo, Él sólo fue capaz de devolver a todos los hombres la justicia y la vida, puesto que de un único hombre se propagará a todos el pecado y la muerte.

26. Pero también fue completamente necesario que este hombre, retardando su muerte, quisiera convivir algún tiempo entre los hombres, con el fin de que, por las instrucciones frecuentes y llenas de verdad, los elevase al conocimiento de las cosas invisibles, los fortificase en la fe por sus obras milagrosas y los formase en las buenas costumbres por la santidad de sus acciones. ¿Qué le faltó a este Dios-hombre, que tuvo siempre una vida adecuada, justa y santa ante los hombres, que predicó siempre la verdad, obrado prodigios y sufrido mil indignidades para lograr nuestra salvación? Y, si añadimos también la gracia de la remisión de los pecados, es decir, la remisión gratuita de nuestros crímenes, ¿no es esto seguramente la consumación perfecta de la obra de nuestra salvación? En verdad, no debemos temer que Dios no tenga poder para perdonar nuestros pecados, cuando padeció, y padeció tanto, por los pecadores, mientras sigamos solícitamente sus ejemplos, veneremos sus milagros y no seamos incrédulos a su doctrina ni ingratos con sus padecimientos.

27. En fin, todo lo que Cristo hizo por nosotros, nos fue fecundo; todo nos fue necesario y ventajoso para nuestra salvación; su debilidad no fue menos útil que su majestad. Porque si por la fuerza de su divinidad nos libró del yugo del pecado, también por la debilidad de su carne abolió todos los derechos de la muerte. Por lo que felizmente dijo el Apóstol: *La debilidad de Dios es más fuerte que los hombres*. Pero aunque su propia locura, mediante la cual se complació en salvar el mundo, combatir la sabiduría del mundo y confundir a los sabios. A pesar de su naturaleza divina y siendo igual a Dios, se despojó de su rango tomando la condición de un siervo; siendo rico se hizo pobre por nuestro amor; de grande, se hizo pequeño; de elevado, humilde; débil, de poderoso que era; padeció hambre y sed, se fatigó en los caminos y padeció voluntariamente y no por coacción; esta especie de locura, vuelvo a decir, ¿no ha sido para nosotros un camino de sabiduría, un modelo de justicia y un ejemplo de santidad, según lo que dice el mismo Apóstol: *La locura de Dios es más sabia que los hombres*. Su muerte nos libró de la muerte; su vida, del error; y su gracia, del pecado. Su muerte consumó su victoria por la justicia, porque habiendo el justo pagado por lo que no robara, justamente mereció recibir lo que perdió. Su vida alcanzó su fin en la fuerza de su sabiduría, que permanece como ejemplo y espejo de nuestra vida. En fin, su gracia perdonó los pecados por la potencia de lo que acabamos de hablar; porque hizo absolutamente todo lo que quiso. La muerte de Cristo fue la muerte de mi muerte, porque él murió para que yo viva. ¿Cómo será posible que aquél por quien la Vida murió no viva? ¿Quién temerá en adelante engañarse en el camino de la virtud y en el conocimiento de la verdad teniendo a la Sabiduría por guía y por conductora? ¿Quién será tenido por culpable después de haber sido absuelto por la Justicia? Cristo da este testimonio de sí mismo en el Evangelio cuando dice: *Yo soy la vida*. Y el Apóstol nos asegura las dos cosas siguientes cuando habla de Cristo en estos términos: *Nos fue dado por Dios Padre para ser nuestra justicia y nuestra sabiduría*.

28. Porque si la ley del espíritu de la vida en Cristo Jesús nos libró de la ley del pecado y de la muerte, ¿por qué continuamos aún muriendo y no nos revestimos inmediatamente del don de la inmortalidad? Simplemente para que se cumpla la verdad de Dios; pues, como *Dios ama la misericordia y la verdad*, es preciso que el hombre muera, por haberlo Dios declarado así; y es menester también que resucite de la muerte a la vida para que Dios no se olvide de tener misericordia. Y, aunque la muerte no tenga un dominio perpetuo sobre nosotros, pese a ello, lo tiene por un tiempo, a causa de la verdad de Dios; del mismo modo, no es destruido enteramente el pecado en nosotros, aunque ya no ejerza tan poderosamente su tiranía sobre nuestro cuerpo mortal. Por eso San Pablo, mientras por una parte se ufana de estar libre de la ley del pecado y de la muerte, por otra se queja de las miserias y penas que siente alguna vez de la parte de una y otra ley cuando clama contra los ataques del pecado con estas palabras quejumbrosas: *Siento en mis miembros otra ley*, etc., o sea, cuando gime por las miserias que lo afligen, que son, sin duda, la ley de la muerte, aguardando con ansia la libertad de su cuerpo.

29. Similares reflexiones, u otras análogas, según la disposición de cada uno, pueden ser sugeridas a los cristianos por el sepulcro; pienso que quienes puedan contemplar el lugar propio de la sepultura del Señor se sentirán como poseídos de la más dulce e intensa devoción, y que les hará un gran bien contemplarlo con sus propios ojos. Pues, aunque este sepulcro quede ahora privado de la posesión de sus miembros sagrados, no deja, con todo ello, de estar lleno de nuestros gozosos misterios. Yo los llamo nuestros, y muy nuestros, con tal de que con tanto afecto los abracemos con cuanta seguridad aceptemos las palabras del Apóstol: *Fuimos sepultados con Él por el bautismo para morir por Él, con el fin de que, igual que Cristo resucitó por la gloria*

del padre, también nosotros caminemos en una nueva vida. Pues, si fuimos injertados en él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por la semejanza de su resurrección. ¡Qué satisfacción tan agradable experimentan los peregrinos, después de haber padecido las grandes fatigas de un largo viaje, después de haber escapado a una infinidad de peligros a los que se expusieron por mar y por tierra, al reposar, por fin, en el mismo lugar en el que su mismo Señor fue depositado! Imagino que reciben una alegría tan grande que no sienten ya las fatigas del camino ni la cuantía de sus gastos, sino que, según el pensamiento de la Escritura, se sienten transportados de gozo después de haber encontrado el sepulcro, al que miran como la recompensa de sus trabajos y el premio de su carrera. Pero no penséis que casualmente, súbitamente o por un rumor popular se hiciera tan célebre este santo sepulcro, pues el profeta Isaías ya lo predijo claramente muchos siglos antes en estos términos: Aquel día la raíz de Jesé se levantará como insignia de los pueblos; lo buscarán las naciones y será glorioso su sepulcro. Así vemos efectivamente cumplido lo que predijeron los profetas y, si es una novedad para los que ahora lo ven, es antigua para los que leyeron las Escrituras. Así sentimos el gozo del nuevo y no quedamos sin la garantía de lo antiguo. Y esto es suficiente por lo que toca al sepulcro.

XII. Betfage.

30. ¿Qué diré del lugar de Betfage, la aldea de los sacerdotes, de la que por poco me olvido, pero que guarda tanto el sacramento de la confesión como el misterio del ministerio sacerdotal? Betfage significa “casa de la boca”. Y escrito está: *La palabra está cerca de tu boca y de tu corazón.* Ten presente que esta palabra no está ni en el corazón ni en la boca, sino en ambas. La palabra produce en el corazón del pecador la contrición saludable, y esta misma palabra arranca en la boca la vergüenza perniciosa, para que no estorbe la necesaria confesión. De donde viene que declare la Escritura: *hay un pudor que conduce al pecado y un pudor que conduce a la gloria.* El pudor útil es lo que nos hace avergonzar de haber cometido pecado o de cometerlo actualmente, y hace que, sin nadie ser testimonio de tu acción, respetes la mirada de Dios más que la de los hombres, por cuanto sabes que Dios es mucho más puro y lo conoce todo mejor que cualquiera, y que el pecador tanto más gravemente lo ofende cuanto el pecado le es más esencialmente opuesto. Sin duda, este pudor destierra el oprobio y dispone a la gloria cuando rechaza el pecado o, cometido éste, lo satisface por la penitencia o lo elimina con la confesión; con todo, debe de quedar claro que nuestra gloria radica también en el testimonio de la propia conciencia. Pero, si alguien tiene vergüenza de confesar el pecado que le pesa, esta vergüenza produce el pecado y destruye la gloria que viene del testimonio de la conciencia, al estorbar esta necia vergüenza, teniendo cerrada la boca, que la lengua ponga fuera el pecado que la compunción se esfuerza en arrojar del fondo del corazón; ¡cuándo a ejemplo de David debería clamar: *¡No, no impediré a mis labios hablar, Señor; tu lo sabes!* También de este pudor necio e irracional, según pienso, el rey penitente se hacía esta reprensión: *Porque callé, mis huesos se consumían.* Lo que igualmente le hace desear que se ponga una puerta de circunspección a sus labios con el fin de saber abrir su boca para la confesión y cerrarla para las excusas. En fin, pide abiertamente esta misma gracia a Dios sabiendo muy bien que *la confesión y los loores son obra suya.* En verdad es un gran bien esta doble confesión, por la que no ocultamos nuestra malicia y anunciamos la magnificencia de la bondad y de la potencia divina; pero también esto es un puro don de la libertad de Dios. Por ello le habla en estos términos: *No dejes que se incline mi corazón a palabras maliciosas para pretextar excusas a mis pecados.* Es, pues, muy necesario que los sacerdotes, como ministros que

son de Dios, tengan un cuidado muy particular de insinuar las palabras de temor y de contrición en los corazones de los pecadores, con tanta moderación, que no se espanten ni se retiren de la confesión de sus pecados. Abran de tal manera los corazones que no cierren sus bocas y no absuelvan sino a los que, estando verdaderamente compungidos, confesaran todos sus pecados, porque *es menester creer de corazón para obtener la rehabilitación, y confesar de boca para obtener la salvación*. De lo contrario, sería como la confesión de un muerto, que es como si no existiese. Cualquiera, pues, que tenga la palabra en la boca, y no en el corazón, es un superficial o un mentiroso; y aquél que la tiene en el corazón y no en la boca o es soberbio o un tímido.

XIII. Betania.

31. Aunque me apresuro a acabar, no debo de ningún modo pasar en silencio por la casa de la obediencia que significa el nombre de Betania, la villa de María y de Marta, donde Lázaro fue resucitado; ésta representa la figura de la vida activa y contemplativa que nos recuerda el ligar de la admirable clemencia de Dios hacia los pecadores, y la virtud de la obediencia junto a los frutos de la penitencia. Basta con advertir sucintamente en este lugar que ni la práctica de las obras buenas, ni el reposo de una santa contemplación, ni las lágrimas de la penitencia serán jamás agradables fuera de Betania a aquel Señor que estimó tanto la obediencia, que quiso más perder la vida que esta virtud, haciéndose obediente al Padre hasta su muerte. Estas son, sin duda, aquellas riquezas que el profeta nos promete de la palabra del Señor: *El Señor consolará a Sión y la relevará de todas sus ruinas; cambiará su desierto en lugar de delicias y su soledad se hará jardín del Señor. No se verá en ella sino gozo y alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanza*. Estas delicias del orbe, este tesoro celestial, esta herencia de los pueblos fieles, han sido confiadas a vuestra fe, carísimos, se han encomendado a vuestra prudencia y a vuestro valor. Y vosotros seréis capaces de guardar fielmente este sagrado depósito con tal de que no presumáis nada de vuestra prudencia y de vuestra fuerza y sólo pongáis toda vuestra seguridad en el socorro de Dios. Pues debéis saber que *el hombre no se sostendrá de su propia fuerza*. Por tanto, debéis decir con el profeta: *El Señor es mi fuerza, mi refugio y mi libertador*. Y también: *Conservaré mi fuerza para ti, porque tu eres mi protector; ¡oh Dios mío! Su misericordia me va a prevenir*. Y aún: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre de la gloria, para que sea bendecido en todas las cosas aquel Señor que adiestra a vuestras manos para la batalla y vuestros dedos para el combate.